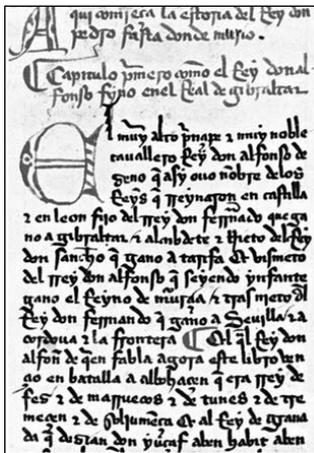


LAS PASIONES POLÍTICAS EN LA LITERATURA MEDIEVAL CASTELLANA (II)¹

Jaime Covarsí Carbonero



El presente trabajo es la continuación de la comunicación publicada en *Cuadernos sobre Vico* 21/22 (2008), donde ya anunciábamos el objetivo del mismo, a saber: comprobar cómo, a partir del análisis que Tomás de Aquino realiza en su *Tratado de las pasiones*, éstas son trasladadas al contexto político y social y cómo la literatura se erige en forma fundamental de su representación.

PALABRAS CLAVE: Tomás de Aquino, pasiones políticas, literatura medieval castellana.

This work is the announced continuation of a paper previously published in *Cuadernos sobre Vico* 21/22 (2008). Its aim is to study Aquinas' *Treatise on the Passions* in order to show the way passions are transferred into the political and social context, and why literature appears as the fundamental way of representing them.

KEYWORDS: Thomas Aquinas, political passions, Castilian medieval literature.

1. La delectación de Jorge Manrique y las *Coplas a la muerte de su padre*

El comienzo de esta pequeña disertación nos obliga a una previa y necesaria aclaración, pues, a los ojos del lector, puede parecer algo contradictorio pretender presentar una muestra literaria acerca de la delectación, pasión originada por la presencia de un bien y que nombramos, según sus diferentes modalidades, con palabras como alegría, júbilo, gozo..., con una elegía escrita tras la desaparición de un ser querido, en este caso, un padre, a no ser que pretendiéramos argumentar que dicha muerte proporcionara no sé qué suerte de regocijo en el alma de nuestro poeta, Jorge Manrique. Por otro lado, resulta imprescindible advertir que, en esta ocasión, aducimos como ejemplo literario no el retrato del personaje Rodrigo Manrique, sino que a través de este texto jugamos a elaborar, siempre bajo la condición de lo deleitable, la semblanza del alma del poeta y las razones políticas que de ella se derivan.

Partimos indudablemente de la premisa de que la escritura de las *Coplas* por parte de Jorge Manrique nace de la tristeza que embarga el alma del poeta ante los hechos acaecidos. Sin embargo, debemos tener en cuenta las razones por las que un hijo emprende la tarea de consignar literariamente la muerte de un padre. La elegía que nos ofrece Manrique nace de un sentimiento profundo de respeto hacia su progenitor y responde a la necesidad de homenajear a don Rodrigo Manrique. La difusión del texto, no lo perdamos de vista, implica hacer público dicho homenaje y pretende engrandecer la figura del retratado. ¿Qué significa esto? Jorge Manrique, poeta cortesano reconocido en su tiempo, no podía dejar de lado la circunstancia que acabamos de apuntar. El legado literario que comprenden las *Coplas a la muerte de su padre* no sólo comprometía la fama caballeresca de su padre, al recibir ese encomio público y, al mismo tiempo, tan íntimo, sino que también evidenciaba el amor filial y la posición política que adoptaba nuestro autor (sirva esta vaga nota para estimar hasta qué punto aparecen unidas la cosa pública y privada en la Edad Media). No olvidemos que Rodrigo Manrique no fue un personaje histórico sin importancia en el siglo XV, cuestión ésta, no obstante, que resolveremos al final del epígrafe. No nos adelantemos, por tanto.

La consecuencia de lo dicho hasta aquí es la constatación de que este texto literario nace, desde el punto de vista de las circunstancias, de la muerte de Rodrigo Manrique, mas desde el punto de vista humano, de la tristeza de su pérdida, pero, fundamentalmente, del orgullo filial que anima su redacción. Curiosamente, el propio Tomás de Aquino trata de resolver la cuestión acerca de si la tristeza puede ser contraria a la delectación. En la segunda solución al artículo tercero de la cuestión 35 nos dice: “Accidentalmente, el dolor mismo puede ser deleitable, a saber, en cuanto le acompaña la admiración”, y añade a continuación: “en cuanto evoca el recuerdo de la cosa amada y hace sentir el amor de aquello cuya ausencia se deplora” (1-2, q. 35, a. 3)², razón ésta que justifica la existencia de un amor deleitable inserto en un contexto de dolor y tristeza. La propia existencia de la elegía evidencia esta circunstancia, tal y como se hace patente con la copla que a modo de epitafio cierra la elegía:

XL
Assí, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos e hermanos
e criados,
dio el alma a quien gela dio
(el cual la ponga en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió,
dexónos harto consuelo
su memoria³.

Como podemos comprobar, en los versos finales Manrique contrapone el consuelo que dejó su padre en la memoria, es decir, el recuerdo deleitoso de su figura, a la vida perdida. Se trata, en realidad, de un eco final a la contraposición que recorre toda la obra entre los bienes materiales y los espirituales, pues el recorrido vital de Rodrigo Manrique se nos presenta como en ejemplo de conquista de los bienes perdurables y eternos, que sobrepasan los límites de la propia biografía y de la fama póstuma. Nos referimos a la salvación cristiana del alma. En la copla XXXVI, que pertenece a la conversación final del Maestre con la muerte, es interpelado por ella con los siguientes versos:

XXXVI
“El vivir qu’ es perdurable
non se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
donde moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
e con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos e aflicciones
contra moros”⁴.

Como vemos, Jorge Manrique rechaza los estados mundanales y la vida deleitable como medio para alcanzar la salvación del alma, la vida perdurable, que, en el caso de los *bellatores*, se consigue con el esfuerzo bélico contra los infieles. Pero, ¿a qué se refiere el poeta con sendas expresiones, “estados mundanales” y “vida deleitable”? Permítaseme aclarar primero la segunda expresión: en el caso que nos ocupa, se refiere a los placeres corporales, que dependen del apetito sensitivo. Los deleites corporales, según Tomás de Aquino, provocan un desajuste en el cuerpo, pero, lo que es más importante, nacen de objetos corruptibles, es decir, sujetos a cambio y desaparición en el tiempo, tal como ocurre, por ejemplo, con los placeres sexuales, la hermosura o la fortaleza física. Tomás de Aquino añade también la delectación propia del apetito intelectual, que depende de una aprehensión de la razón, da salida, por tanto, a un deseo racional, y que se denomina gozo: “así también hay delectaciones naturales y otras no naturales que se dan con un acto de razón [...] Nos deleitamos, ya en las cosas que naturalmente deseamos, al lograrlas, ya en las que deseamos racionalmente” (1-2, q. 31, a. 3)⁵. Se establece, de esta manera, una comparación entre ambas posibilidades: frente a la manifestación corporal de los deleites naturales, el simple movimiento de la voluntad del apetito inte-

lectivo, cuyos objetos son incorruptibles: “Es también más firme, porque los objetos deleitables corporales son corruptibles y cesan presto, mientras que los bienes espirituales son incorruptibles” (1-2, q. 31, a. 5). Tal distinción puede trasladarse al texto manriqueño, pues supone una alabanza de los estados espirituales.

Pero, ¿de qué modo se oponen los estados espirituales a los mencionados “estados mundanales”? ¿Cómo se alcanzan? Como ya hemos dicho, la vida de Rodrigo Manrique se nos presenta como ejemplar, es decir, como modelo de comportamiento, y la ulterior conquista de la vida perdurable es una de sus principales lecciones. Ya nos ha apuntado su hijo el camino, la lucha contra los moros. No obstante, esta circunstancia debe ser matizada. Recordemos que el Maestre Manrique ha dejado memoria de su vida, pero hay que decir que esta memoria se ha legado en forma de actos valerosos. Obsérvese que Jorge Manrique no hace alusión a ningún tipo de legado temporal o mundanal, tan sólo el recuerdo de cómo vivió, que fue lo que le proporcionó el galardón último, como le dice la Muerte:

XXXVII
“E pues vos, claro varón,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos;
e con esta confiança
e con la fe tan entera
que tenéis,
partid con buena esperança,
qu'estotra vida tercera
ganaréis”⁶.

El mérito que representa el Maestre es el que se consigue con el esfuerzo personal de los actos valerosos, el que se construye con la fuerza de los brazos propios y “por las manos” (además de la fe cristiana, por supuesto). Estamos ya en condiciones de comprender el sentido de la expresión “estados mundanales”. En realidad, hacen referencia a la organización político-social inmovilista de la sociedad medieval. Como en el caso comentado del Cid, se contrapone aquí a la nobleza de sangre, adquirida por el nacimiento, a la nobleza del mérito personal⁷, a la que se adscribe nuestro poeta, con lo que el texto adquiere así una dimensión política, trascendiendo el mensaje meramente espiritual.

Como podemos comprobar, abraza Jorge Manrique la causa de su padre, lo cual, pensamos, despierta la delectación en el propio poeta en un doble sentido: por un lado, por cuanto el ejemplo mostrado por el Maestre de Santiago ilumina el bien

que posee en sí mismo; y, por otro, porque su ejemplo valeroso hace que le estime y se identifique vital y políticamente con él. La naturaleza, por tanto, de la delectación del poeta no estriba tanto en la unión en acto o en potencia a la realidad, sino “en cuanto al conocimiento”, en palabras de Tomás de Aquino, esto es, en la retención a través del recuerdo de la imagen u objeto:

“La delectación proviene de la presencia del bien conveniente, en cuanto es sentida o se percibe de alguna manera. Pero una cosa nos está presente de dos modos: uno, en cuanto al conocimiento, es decir, conforme el objeto conocido está por su imagen en el sujeto que lo conoce” (1-2, q. 32, a. 3).

En este sentido, nos dirá que se trata de una delectación en tercer grado, pues no es más que una unión con lo conocido, primera condición de la delectación, sin presencia del objeto y sin la posibilidad de su actualización, por ser un hecho consumado, como es la muerte de su padre. Por otro lado, y para terminar este epígrafe, la segunda condición de la delectación, según Tomás de Aquino, es el conocimiento de la unión. Es decir, no basta con la unión con el bien logrado, sino que debemos ser conscientes de su existencia. El caso que nos ocupa es un ejemplo de contemplación, que pertenece a la delectación propia del uso de la razón y que aquí se nos ofrece en forma poética⁸.

2. La tristeza del rey D. Rodrigo o la pérdida de España

El rey visigodo D. Rodrigo, candidato de la nobleza al trono tras la muerte de Witiza, vio caer bajo su mando el reino de Toledo ante los musulmanes en la batalla de Guadalete, año 711. El acontecimiento histórico quedó consignado en la conciencia colectiva del pueblo castellano y, con ella, en el romancero, dando lugar a diversos textos que nos hablan del proceso psicológico que atraviesa el protagonista tras semejante derrota y la consecuente pérdida del reino. Su historia romancística nos habla del dolor físico, corporal, que le inunda tras la batalla perdida, dolor que poco a poco va interiorizándose dando lugar a un viaje de penitencia para la liberación de su propia alma. Evoluciona su tristeza, de este modo, desde la pérdida o privación de un bien hasta la conciencia o experimentación de un mal presente. Hemos elegido, para ilustrar el caso, dos romances: en primer lugar, el “Romance de la derrota de don Rodrigo y de la pérdida de España”; en segundo lugar, el “Romance de la penitencia del rey don Rodrigo”. Veámoslo.

El primer romance nos sitúa en la escena de la batalla, justo en su final, cuando el rey don Rodrigo constata la definitiva pérdida de su reino. El romance nos hace una descripción dramática de nuestro personaje, del que destaca simbólicamente su soledad. El poeta nos muestra una imagen externa del rey que progresiva-

mente irá interiorizándose para acabar con el lamento del propio rey don Rodrigo. De acuerdo con este plan, podemos destacar tres partes bien diferenciadas. En la primera parte, se nos ofrece un cuadro externo del rey:

“Las huestes de don Rodrigo desmayaban y huían
cuando en la octava batalla sus enemigos vencían.
Solo va el desventurado, que no lleva compañía;
el caballo de cansado ya mudar no se podía,
camina por donde quiere que no le estorba la vía.
El rey va tan desmayado que sentido no tenía;
muerto va de sed y hambre que de verle era mancilla;
iba tinto de sangre que una brasa parecía;
las armas lleva abolladas, que eran de gran pedrería,
la espada lleva hecha sierra de los golpes que tenía,
el almete, de abollado, en la cabeza se le hundía,
la cara lleva hinchada del trabajo que sufría”⁹.

Destaca en este fragmento la soledad de rey. En ningún momento se nos dice explícitamente la razón, pero suponemos que por motivo de bajas militares. Esta imprecisión, sin embargo, acentúa el dramatismo y centra nuestra atención, una vez salvados los primeros versos, sobre la figura del desventurado gobernante. A los ojos del poeta, no importa ya la pérdida de España como hecho histórico, sino la consecuencia que tiene sobre la persona del rey, cuyo estado deducimos a partir de sus armas y su caballo, símbolos de la caballería y, por tanto, de su honor como guerrero, ahora ya mancillado tras la derrota, así como su ánimo y su voluntad vencidas, tanto que quien dirige los pasos es la bestia sobre la que cabalga.

En la segunda parte, nos introduce el poeta magistralmente en la propia piel del rey, lo que nos permite adoptar el punto de vista de nuestro abatido protagonista:

“Subióse encima de un cerro, el más alto que veía;
desde allí mira su gente cómo iba de vencida;
de allí mira sus banderas y estandartes que tenía
cómo están todos pisados, que la tierra los cubría;
mira por los capitanes que ninguno parecía;
mira el campo tinto en sangre la cual arroyos corría”¹⁰.

Vemos el resultado de la batalla a través de la mirada del propio rey. Y nos identificamos con las emociones que va a sentir don Rodrigo y que el poeta retrata en boca del mismo protagonista ya en la tercera parte:

“El triste, de ver aquesto, gran mancilla en sí tenía;
llorando de los sus ojos de esta manera decía:
-Ayer era rey de España, hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos, hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados y gente que me servía,
hoy no tengo una almena que pueda decir que es mía.
¡Desdichada fue la hora, desdichado fue aquel día
en que nací y heredé la tan grande señoría,
pues lo había de perder todo junto y en un día!
¡Oh muerte! ¡Por qué no vienes y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino pues se te agradecería?”¹¹.

Nos encontramos con el lamento quejoso ante la pérdida de España, motivo que origina la tristeza del rey. Sin embargo, el dolor que experimenta el personaje no se reduce a la pérdida del bien que representa el reino, sino que además ha de sumarse la presencia de un mal en la forma de “mancilla”, oprobio o deshonra consecuente con la derrota, con lo que se agudiza el estado de su ánimo, pues este tipo de tristeza, según Tomás de Aquino, es mayor en relación al dolor que causa que la anterior: “de la misma manera que el objeto es causa de la pasión, es más propiamente causa de la tristeza o dolor el mal presente que el mal perdido” (1-2, q. 36, a. 1), y esto por cuanto nos obliga a vivir con un permanente movimiento de huida de ese objeto presente, lo que incrementa el desasosiego vital. En el caso del rey, ese desasosiego se transforma en un sentimiento agudo de culpabilidad ante la contemplación del desastre bélico y político acaecido. Tan fuerte es el sentimiento de vergüenza propio que sólo desea la muerte, pues no existe otro medio de huida del mal que sobre él se ha cernido, signo de la angustia con que afronta la situación, ausente ya de consuelo, tal y como describe el propio Tomás de Aquino: “porque impide la huida, de donde nace la <<ansiedad>>, que agrava el ánimo hasta el punto de no vislumbrar consuelo alguno, por lo que se le designa también con el nombre de <<angustia>>” (1-2, q. 35, a. 8).

El segundo texto propuesto para nuestra argumentación es el “Romance de la penitencia del rey don Rodrigo”. En él se nos describe el viaje desesperado del rey por las montañas. En ellas se encuentra con un pastor que le indica una ermita donde vivía un ermitaño como único lugar para alojarse. Tras comer con el pastor, se dirige a la ermita donde reza y conoce al ermitaño que le impone una penitencia a petición del propio rey y por revelación divina:

“Preguntóle el ermitaño cómo allí fue su venida;
-El desdichado Rodrigo yo soy, que rey ser solía;
vengo a hacer penitencia contigo en tu compañía;

no recibas pesadumbre, por Dios y santa María.-
El ermitaño se espanta, por consolarlo decía:
-Vos, cierto, habéis elegido camino cual convenía
para vuestra salvación, que Dios os perdonaría.-
El ermitaño ruega a Dios por si le revelaría
la penitencia que diese al rey que le convenía;
fuele luego revelado de parte de Dios un día
que le meta en una tumba con una culebra viva,
y esto tome en penitencia por el mal que hecho había.
El ermitaño al rey muy alegre se volvía;
contóselo todo al rey cómo pasado lo había”¹².

Finalmente, el rey acepta la penitencia señalada por el ermitaño, lo cual le procura consuelo y paz espiritual:

“El rey, de esto muy gozoso, luego en obra lo ponía;
métese como Dios mandó para allí acabar su vida.
El ermitaño muy santo mírale el tercero día,
dice: -¿Cómo os va, buen rey? ¿Vaos bien con la compañía? -
-Hasta ahora no me ha tocado porque Dios no lo quería.
Ruega por mí, el ermitaño, porque acabe bien mi vida.-
El ermitaño lloraba, gran compasión le tenía;
comenzóle a consolar y esforzar cuanto podía.
Después vuelve el ermitaño a ver ya si muerto había;
halló que estaba rezando y que gemía y plañía;
preguntóle cómo estaba. -¡Dios es en la ayuda mía!
-respondió el buen rey Rodrigo- La culebra me comía.
Cómeme ya por la parte que todo lo merecía,
por donde fue el principio de la mi muy gran desdicha.-
El ermitaño lo esfuerza, el buen rey allí moría.
Aquí acabó el rey Rodrigo, al cielo derecho se iba”¹³.

Varias son las cuestiones que merecen ser comentadas de este último fragmento: en primer lugar, cómo la penitencia torna en gozo la tristeza del rey, por cuanto vislumbra ya una salida al mal que le emponzoña; en segundo lugar, la tristeza que sufre el ermitaño por el rey, es decir, la compasión a que se ve abocado observando la desgracia de su penitente compañero. Difiere esta tristeza del ermitaño de la del rey, pues nace de la contemplación y la empatía del mal ajeno. Santo Tomás así nos lo explica: “por relación a otro, es decir, como mal, aunque no pro-

pio, cual le considera la <<compasión>>, que es tristeza del mal ajeno, pero en cuanto se estima como propio” (1-2, q. 35, a. 8); y, en tercer y último lugar, la función del llanto, motivo que se repite en ambos textos, y que acompaña a la tristeza como signo de su existencia, pero que, desde el punto de vista de las pasiones y el análisis de Tomás de Aquino, debe calificarse como de remedio, por dos razones diferentes: una, por ser el llanto y los gemidos “operaciones connaturales al triste y dolorido” y, dos, porque el llanto diversifica la atención del alma concentrada en el dolor interior: “cuando trasciende al exterior, la atención del alma se divide al tender igualmente hacia fuera, atenuándose así el dolor interno” (1-2, q. 38, a. 2)¹⁴. No obstante, el llanto del ermitaño no sólo repercute en su propio beneficio anímico, sino también en el de su real compañero, pues supone otro de los remedios descritos por Tomás de Aquino, que es experimentar la compasión de los amigos, pues, siguiendo a Aristóteles, nos explica que la compasión de los amigos ayuda a soportar la carga, al tiempo que nos hace sentir amados, lo cual es deleitable y ayuda a mitigar el dolor.

Notas

1. El presente trabajo es la continuación de la comunicación publicada en *Cuadernos sobre Vico* 21/22 (2008), donde ya anunciábamos el objetivo del mismo, a saber: comprobar cómo, a partir del análisis que Tomás de Aquino realiza en su *Tratado de las pasiones*, éstas son trasladadas al contexto político y social y cómo la literatura se erige en forma fundamental de su representación. Con esta comunicación completamos el esquema tomista dedicado a las pasiones del concupiscible, al que pertenecerían el amor, el odio, el deseo, y las dos de las que nos ocupamos en esta ocasión: la alegría y la tristeza.

2. Las citas de Tomás de Aquino, como advertimos ya en la comunicación anterior, pertenecen al *Tratado de las pasiones* contenido en el volumen de la *Summa Teológica*, tomo IV, BAC, 1954.

3. JORGE MANRIQUE, *Poesías*, ed. J.-M. Alda Tesán, Madrid, Cátedra, 1993, p. 166.

4. *Ibid.*, p. 165.

5. En el artículo 91, titulado “Definición de la alegría” de *Las pasiones del alma* de René Descartes parece el autor apoyar esta idea añadiendo la definición de la alegría intelectual, que equivaldría de alguna manera a las delectaciones no naturales definidas por Tomás de Aquino, como “el disfrute que tiene del bien que su entendimiento –*el del alma*– le presenta como suyo” y que acarrea la existencia de la pasión, aunque se distingue netamente de ella: “Es verdad que, mientras el alma está unida al cuerpo, esta alegría intelectual no puede dejar de estar acompañada de la que es una pasión; ya que tan pronto nuestro entendimiento descubre que poseemos algún bien, aunque ese bien pueda ser tan diferente de todo lo que pertenece al cuerpo que no sea en absoluto imaginable, la imaginación no deja de causar alguna impresión en el cerebro, de la que se deriva el movimiento de los espíritus que excita la pasión de la alegría” (RENÉ DESCARTES, *Las pasiones del alma*, ed. Agustín Izquierdo, EDAF, Madrid, 2005, p. 125).

6. JORGE MANRIQUE, *Poesías*, cit., p. 165.

7. Hemos ofrecido el análisis de la figura del Cid en la comunicación anterior a cuento del estudio de la pasión del odio. George Duby, por otro lado, nos ofrece la historia de Guillermo el Mariscal como ejemplo de éxito social y político debido al mérito personal. Así, nos dice con respecto a la fecha de su nacimiento: “Los historiadores han calculado, deducido, y proponen hacia el año 1145. Sin precisar más. El Mariscal viene de muy abajo como para que puedan hacerlo con los datos de los archivos” (GEORGES DUBY, *Guillermo el Mariscal*, Alianza, Madrid, 1997, p. 7). A continuación evoca el escenario de su muerte, que bien pudiera servir para iluminar la del Maestro de Santiago: “El hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo, y abandonar en primer lugar los honores del siglo. Primer acto, primera ceremonia de renuncia. Ostentosa, como van a serlo los actos que seguirán; pero las bellas muertes en este tiempo son fiestas, se despliegan sobre un teatro ante gran número de espectadores [...] Cada uno, de este modo, al dejar el mundo, tiene el deber de ayudar por

última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse en pie al cuerpo social, y sucederse las generaciones en la regularidad que complace a Dios” (*Ibidem*, p. 9).

8. Ver GUIDO MANCINI, Schema per la lettura delle “Coplas di Jorge Manrique”, *Prohemio*, I, 1, pp. 8-18.

9. PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ, *Romancero*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 173.

10. *Ibid.*, p. 174.

11. *Ibid.*, p. 175.

12. *Ibid.*, p. 176.

13. *Ibidem*.

14. Respecto al llanto, Descartes explica que “las lágrimas no provienen de una extrema tristeza, sino sólo de la que es moderada y viene acompañada o seguida por algún sentimiento de amor, o también de alegría” (RENÉ DESCARTES, *Las pasiones del alma*, cit., p. 152). Asimismo, explica la razón de la existencia de los gemidos que acompañan a las lágrimas: “Y los pulmones a veces también se hinchan súbitamente por la abundancia de sangre que entra y expulsa el aire que contenía, el cual, al salir por la tráquea, provoca los gemidos y los gritos que suelen acompañar a las lágrimas” (*Ibid.*, p. 115).

* * *

